

Miguel León-Portilla

La filosofía náhuatl estudiada en sus fuentes

Ángel María Garibay K. (prólogo)

Undécima edición

Ciudad de México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas

2017

526 p.

Ilustraciones

(Serie Cultura Náhuatl: Monografías, 10)

ISBN 978-607-02-8765-7

Formato: PDF

Publicado en línea: 30 de marzo de 2017

Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/filosofia/nahuatl.html>



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

DR © 2017, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



CAPÍTULO IV

EL PENSAMIENTO NÁHUATL ACERCA DEL HOMBRE

Contándose entre los atributos de los *tlamatinime* —como ya se mostró en el capítulo I— “poner un espejo delante de la gente para hacerla cuerda y cuidadosa”, “hacer sabios los rostros ajenos, hacerlos tomar y desarrollar una cara”, así como “humanizar el querer de la gente”,¹ tuvieron que irse encontrando en esta su misión de pedagogos innumerables dificultades, debidas no sólo a las circunstancias de tiempo y lugar, sino también al misterioso ser del hombre, cuyas reacciones e inclinaciones parecen siempre imprevisibles. El hecho de ser necesario enseñar al hombre “a tomar una cara” estaba ya indicando que los mortales que vienen al mundo son algo así como seres “sin rostro”, deficientes, casi diríamos anónimos.

Conocían por otra parte los *tlamatinime* que el hombre, en su afán de adquirir por sí mismo “un rostro”, se lanza a la acción sobre la realidad evanescente de *tłaltícpac*. Y allí, “dando su corazón a cada cosa, yendo sin rumbo (*ahuicpa*), lo va perdiendo”, porque sobre la tierra es difícil ir en pos de algo verdaderamente valioso.² Así, era un nuevo problema el encontrar un sentido para la acción misma del hombre: “¿sobre la tierra se puede ir acaso en pos de algo?”³ Y si esto es difícil aquí, sobre la tierra, acerca de las relaciones del hombre con “lo que nos sobrepasa”, con el más allá, es menos aun lo que en verdad puede decirse.

Hallándose de este modo los *tlamatinime* ante la precaria realidad de los seres humanos que nacen faltos de un rostro, llenos de

¹ *Textos de los informantes de Sahagún*, edición facsimilar de Paso y Troncoso, v. VIII, f. 118v; AP I, 8.

² Ms. *Cantares mexicanos*, f. 2v; AP I, 1.

³ *Loc. cit.*

anhelos no satisfechos, sin una meta clara en *tlaltícpac* y con un enigma respecto del más allá: *topan*, *mictlan*, fue apareciendo ante ellos el problema del hombre en toda su amplitud. Por fin, un día —sin que sepamos la fecha, ni el nombre del *tlamatini* que hizo el descubrimiento completo— surgió la pregunta de alcance universal: “¿son acaso verdad los hombres?”⁴

En este momento el pensamiento náhuatl, gracias a la reflexión sobre sí mismo, entró de lleno en el campo de lo que hoy llamamos antropología filosófica y comenzó a elaborar toda una serie de doctrinas que constituyen su respuesta a los varios aspectos implicados en el gran problema acerca de la *verdad* de los seres humanos. Y conviene recordar, con el fin de hacer plenamente comprensible el planteo náhuatl del problema del hombre, que la palabra *verdad* (*neltiliztli*) posee entre los nahuas el sentido de *apoyo* o *fundamento existencial*. Por tanto, la pregunta citada equivaldría así a la siguiente: ¿tienen acaso algún cimiento los hombres, o son ellos también un mero ensueño?

Varios son los caminos recorridos por los *tlamatinime* para poder responder. Con el fin de seguir sus especulaciones acerca del hombre con la mayor claridad posible, vamos a distribuirlas en dos capítulos íntimamente relacionados. Primero: lo que pensaron sobre el hombre considerado como una realidad existente —un objeto— que se supone tiene un origen, una cierta constitución y facultades, así como un problemático destino más allá de la muerte. Segundo: su doctrina acerca del hombre visto ahora como sujeto actuante en el mundo, inventor de una forma de vida (sus principios educativos, éticos jurídicos y estéticos), para concluir nuestro estudio hurgando en lo que fue su ideal supremo, personal y social; el móvil de su pensamiento y acción, cuando la divinidad se mete en su corazón (*yoltéotl*) y hace de él un artista: “un corazón endiosador de las cosas”, *tlayolteuviani*, como dice literalmente un texto.⁵ Siguiendo este esquema y dejando hablar como siempre a los textos nahuas por sí mismos, vamos a estudiar la respuesta de los *tlamatinime* a la pregunta sobre la posible verdad de los hombres.

⁴ *Ibid.*, f. 10v; AP I, 7.

⁵ *Textos de los informantes de Sahagún*, edición facsimilar de Paso y Troncoso, v. VIII, f. 117v.